

EL
SITIO DE SEVILLA,

ODA

POR

D. Hdefonso José Vico,

DEDICADA AL

INVICTO PUEBLO SEVILLANO.



SEVILLA:
IMPRESA DEL DIARIO DE COMERCIO,
calle de la Muela n. 25.
1843.

III

SITIO DE SEVILLA.

ORDEN

POR

D. Alfonso de Borja

DEDICADA AL

REY PUEBLO SEVILLANO.



SEVILLA:
IMPRESA DEL DIARIO DE COMERCIO
calle de la Huelga n. 35
1843



¡A dónde van las bárbaras legiones
Que del Bétis oprimen las llanuras,
Y la feraz y encantadora tierra
Donde nunca sonó grito de guerra
Inundan de caballos y armaduras,
De carrros, de cureñas y cañones?
Sus bélicos pendones
Do las armas gloriosas de Castilla
Entre nubes de polvo resplandecen,
¿Por qué amenazan á la fiel Sevilla,
Y su cielo purísimo oscurecen
Cual hórrido huracan, que rebramando
Va los fértiles campos arrasando?
¡Ay que el caudillo que las huestes manda
Es un vil asesino!
Ved en su diestra el hierro fraticida
Que procura ocultar bajo la banda,
Y en su siniestra la inflamada tea

Con que incendió á Barcino.
Ved su frente con sangre enrojecida;
Ved esa mancha que su rostro afea....
Miradlo.... ¡él es! el déspota inhumano,
El satélite inmundo del tirano.

Del tirano que España en negro día
A regir sus destinos elevára,
Y hoy rechaza indignada de su seno,
Que con su torpe aliento emponzoñára,
Y en su fiera agonía
De furia y rabia y de vergüenza lleno,
De baldon y desdoro,
Cual triste meteoro
Que recorre la esfera,
Marcando va con sangre su carrera.

Ya á la ciudad se acercan los soldados
De oro y sangre sedientos,
Y con ojos sangrientos,
La miran y contemplan estasiados.
Con tanto brillo acaso deslumbrados
Gózanse en ver su presa devorada,
Y su triunfo celebran ya seguro
Con bárbaro clamor y gritería.
¡Ay de la hermosa flor de Andalucía
Que duerme descuidada
Sin soldados, sin armas y sin muro!

¡Pero ya un grito eléctrico resuena
En la ciudad augusta!
¡Grito de guerra que los aires llena,

Grito sagrado que al tirano asusta!
El glorioso pendon del gran Fernando
Con pompa y aparato suntuoso,
Va los antiguos muros visitando
Que un tiempo lo miraron victorioso,
Concurso inmenso corre saludando
La sacra enseña, y conmovido jura
Antes morir que con su planta impura
Huellen los viles el recinto hermoso.
Alza su voz el pueblo numeroso,
La voz de patria ó muerte atronadora,
Y del templo en la bóveda retumba;
Del monarca inmortal la régia tumba
Se conmueve y retiembla de repente,
Y la sagrada sombra se incorpora,
Que á salvar otra vez torna á Sevilla;
Con célico fulgor súbito brilla,
Y elevada cual nube trasparente
Por el templo y las calles se derrama,
Y cual celeste vengadora tea
Que los pechos inflama,
A sus hijos convoca á la pelea.

Del patrio fuego divinal herida
Corre á la lid la juventud ardiente.
Calles y plazas hierven en guerreros
Que orgullosos empuñan los aceros,
Y juran por la patria dar la vida.
Llora el anciano en su vejez odiosa
Al mirar que su mano temblorosa
De las armas el peso no consiente.
Jamás la capital de Andalucía

Un aspecto mostró tan imponente,
Ni tanta union, ni tanta bizarría.
No hay clase, no hay matiz; los sevillanos
Todos ansian morir en la pelea,
Libres son todos; todos son hermanos.
En la torre gigante libre ondea
El pabellon que insulta el bando impuro.
Acá y allá rechina la cureña,
Suena el clarin; con paso mal seguro
La turba se despeña,
Anhelando subir al débil muro,
Que jamas en seis siglos fuera hollado,
Y hora retiembla al peso del soldado.

¡Cuán grandioso y sublime se levanta
Un pueblo libre que al tirano yugo
No dobla su cerviz!... Que venga ahora
El satélite infame del verdugo
Con su hueste feroz y aterradora.
¡Por qué detiene su turbada planta
Él que antes hizo de su fuerza alarde?
¡No ve que el roto muro,
Y antiguos torreones ya deshechos
Le dan paso seguro?
¡Teme el traidor á los desnudos pechos?
Sí teme ¡vive Dios! que es un cobarde.

¡Mas qué extraño rumor hiere el oido
Con hórrido fragor? ¡El alevoso
Con nobles armas combatir no sabe!
¡Solo traicion en los traidores cabe!
Truena el mortero. El áspero zumbido

De la bomba preñada asorda el viento,
Que estalla en remolino polvoroso,
Y hace temblar la tierra en su cimiento,
Con furor espantoso.
¡Basta, no mas! Los bárbaros hicieron
Lo que el cafre tal vez nunca intentára
Contra pueblo indefenso. ¡Ved, tiranos,
Que vais á hundir á la ciudad eterna,
Que un torrente de siglos fabricára,
Y el sangriento africano respetára!
No, tened, inhumanos;
Sed nobles una vez. ¿Qué mal han hecho
Millares de mugeres y de ancianos?
¿Qué mal os pudo hacer la virgen tierna,
Y otros miles sin cuento de inocentes,
Que tiemblan al oír el estampido,
Y huyen al ver que se desploma el techo
Al seno de su madre estremecido?
No mas traicion; lidiad como valientes.
Si quereis la ciudad, abridle brecha.
En el muro buscad á los soldados.
Con ellos pelead si sois osados,
Mas.... lejos vaya la inflamada mecha.

La arrojaron, no hay duda. El bronce agudo
No truena ya. ¿Será que condolido
Desista el temerario de su intento?
No será; no será. ¡Cobarde y rudo
Piensa el traidor que rinda un parlamento
A los que él con sus bombas no ha rendido!
Deshizo su ilusion presuntuosa
Del ilustre caudillo la respuesta:

Palabras de heroísmo, que orgullosa
La salvadora Junta pronunciára,
Y que la Europa atónita escuchára.
«No es Sevilla la patria» le contesta,
«Si á la patria amenaza la cuchilla,
«Sálvese España, y húndase Sevilla.»

Despechado y furioso del mensaje
Ante un monte de pólvora el tirano
Jura arrasar á la ciudad valiente.
Alzase entonces hórrido celage,
Que oscurece la atmósfera y que en vano
Anhela el sol romper desde el Oriente.
Hace arder el ambiente
Lluvia espesa de bombas encendidas,
Que descende con furia estrepitosa.
Vense caer las casas demolidas
Y la torre orgullosa,
Y de los tēplos vuelan los sillares,
Y los arcos robustos se quebrantan,
Y caen al suelo ardiendo los altares,
Y las puertas al cielo se levantan.

No hay salud, ni refugio, ni consuelo.
Nobles matronas, jóvenes hermosas
Vagan acá y allá sin esperanza,
Y un asilo demandan en su duelo
Donde evitar la bárbara matanza.
Calles torcidas, plazas anchurosas
Barre la muerte con su helada mano.
Húndese el suelo con tronar profundo,
Y sepulta á la hermana, y al hermano,

Y al niño, y á la madre, y al anciano
El triste moribundo,
Viendo que cruge el inflamado techo
Sale arrastrando del infausto lecho,
Se afana por huir, y en su porfía
Acelera su misera agonía.

Entre el polvo y el humo y el escombros
Un fatigado jóven se descubre
El cabello tostado y el vestido;
Salva el incendio, y lanza con asombro
La mitad de un cadáver denegrido.
«Esposa” dice, y con las manos cubre
Su rostro, y otra vez «esposa” grita;
Y en el fuego otra vez se precipita.
Huye una madre del hogar querido
Por salvar á su infante,
Que sosegado duerme en blando lecho,
Oyese en torno súbito bramido,
Vuelve del estupor, y ve su pecho
De sangre salpicado,
Y el cadáver del hijo destrozado.

Con la feroz violencia
De la maldita bomba conmovidos,
Crujen y se desploman encendidos
Los sagrados asilos de inocencia.
Las vírgenes confusas y temblando
Huyen del santo hogar sin saber dónde.
A la manera que sencillo bando
De silvestres palomas en la breña
Viendo herida del rayo la alta peña

Do su nido se esconde,
El caro albergue deja temeroso,
Y huye por el desierto presuroso.
¿Quién huyendo las vió que no llorára,
Y un anatema horrible no lanzára
A ese traidor que teme á los valientes,
Y sus armas esgrime rencoroso
Contra cuellos inermes é inocentes?
Yo las ví que del brazo de un soldado
Las calles recorrían
Con paso tardo, y corazón turbado.
Lágrimas de furor humedecían
El adusto semblante del guerrero
Quizá por vez primera derramadas,
Y estrechaba en sus manos el acero.
¡Solo al mirar aquellas desgraciadas
Los pechos de diamante se ablandaron,
Y los ojos en agua se arrasaron!
¡Día de maldicion; cuán hondamente
Grabado estás en la memoria mía!
Huyendo el sol de escena tan horrenda
Su disco hundió en los mares de Occidente,
Y la noche tremenda
Los horrores dobló del triste día,
Denso vapor la atmósfera empañando;
Solo algunas estrellas solitarias
Alumbraban con luces funerarias
Casas ardiendo, templos humeando.
Cien inflamados globos, y otros ciento
Círculos horrosos describían,
Y en torrentes de fuego descendían.

Crujiendo bajan desde su alto asiento
Las columnas, los techos, los sillares;
Retiembla el suelo en su eternal cimiento;
Del incendio resuenan los bramidos,
Y entre las llamas míseros gemidos.

Entre tanto el traidor que consternado
Juzga tal vez al pueblo belicoso,
Ordena sus falanges aguerridas,
Que de la oscura noche protegidas
La línea asaltan con furor rabioso.
¿Visteis acaso al tigre encarcelado,
A quien mano cobarde
Por entre los cerrojos de su encierro
Clava la flecha en el siniestro lado,
Que ruge de furor, de rabia arde,
Y muerde y troncha el alevoso hierro,
Y si logra romper la dura puerta
Salta sobre el traidor, que huye aturdido,
O en mil pedazos queda dividido?
De este modo el tirano á los guerreros
Diera con mano aleve muerte cierta,
Sin osar presentar jamás su pecho;
Ellos ciegos de furia y de despecho,
Al ver que sus aceros
Hundir no pueden en los pechos viles,
Despedazan tal vez sus proyectiles.
Mas hora que los miran ya cercanos
Se agitan impacientes,
El arma tiembla en sus convulsas manos,
Y un mortífero fuego les asestan;
Los contrarios contestan,

Y a

Ya los bravos avanzan insolentes,
Echan al muro osados las escalas,
Suben por ellas, bajan despeñados,
Y vuelven á avanzar, y retroceden
A una lluvia espesísima de balas;
Y avanzan otra vez desesperados;
Se obstinan sitiadores y sitiados,
Ni los tiranos ni los libres ceden.
Arden los fuertes y arde la muralla,
En la triste ciudad la bomba estalla,
Y arde tambien; y fuego se divisa
En el oscuro cielo,
Y fuego brota el suelo,
Y fuego bate la encendida brisa.

¡Noche de fuego, digna solamente
Del abrasado día!
¿Por qué con mano pía
Nuestros párpados mústios no doblaste,
Y con dulce beleño rociaste
Nuestra marchita frente?
¿Por qué desde el Oriente
De la aurora el balsámico rocío
No sacudiste sobre el pecho mío?

Ya el sol ensangrentado y ardoroso
Hacia el alto zenit iba subiendo,
El fatigado bronce enmudecía,
Y falanges sin fin iban cubriendo
El enemigo campo; y orgulloso
Un personage al frente se veía,
Un personage á quien invicto llama

La torpe adulacion. Reinaba en tanto
La calma en la ciudad. ¡Calma terrible!
¿Por qué se nos demuestra tan sensible
El que ayer nos llenó de luto y llanto?
¡El hipócrita dice que nos ama,
Y que el incendio ha visto conmovido
De la hermosa ciudad! ¡perdon y olvido
Nos promete y nos pide ese cobarde
Añadiendo el insulto á la fiereza!
¿Olvido ahora, cuando demolida
Media ciudad está? tirano, es tarde;
¿Y creiste en nosotros tal baja?za?
Nunca traidor. Te engañas por tu vida.
Incendia la otra media, y digna hazaña
Será de tí, del déspota de España.
¡Nos rendirémos, sí!!!... Cuando arrojado
Te hayamos ya los últimos escombros
De nuestro hogar, el último soldado
Sus hijos cargará sobre sus hombros,
Y saltará con ellos en la hoguera;
Entonces entrarás con planta fiera,
Y en un trono de huesos asentado
Empuñarás el cetro que has soñado.

Desairado el tirano que creía
En su soberbia loca
Vernos lanzar confusos los aceros.
Y correr á besar su mano impía,
Lanza rabiosa espuma por la boca,
Muerde sus labios, su ecistir maldice;
Y una señal haciendo á sus guerreros,
«Caiga á mi vista la ciudad” les dice.

Una lluvia de fuego en el momento
Del inflamado bronce se desprende,
Que la heroica ciudad de nuevo enciende.
¿Es ese ¡ó Duque! el tierno sentimiento
Que te hizo suspender cuando te plugo
El fuego aquel tan vivo
Para encenderlo ahora mas activo?
¿Harto ya lo sabemos:
Harto tu corazon ya conocemos!...
El mismo sentimiento que el verdugo,
Viendo que ya su víctima no siente,
Y cansado su brazo,
Le hace aflojar el retorcido lazo,
Para atarlo despues mas fuertemente.

Era la siesta del ardiente Estío.
El sol desde el zenit fuego lanzaba,
Y las hojas el viento no movía;
En los bosques del rio
El pájaro sus alas dobléga.
Y en tanto que la atmósfera se ardía,
Un torrente de fuego descendía
Sobre el pueblo inflamado,
Y otro torrente el muro despedía.
¿O Dios! ¿por qué irritado
Esa sed insaciable al hombre diste
De sangre amarga de su hermano triste?
¿Por qué hiciste de fuego á esos guerreros?
¿Por qué no se derriten sus morteros?
Mas fieros que los tigres, y mas duro
Que el hierro mismo que arrojaba en vano,
Se gozaba el tirano,

Y cual otro Neron se sonreía,
Al contemplar en su brutal orgía
Arder las casas, desplomarse el muro.

Ocho veces el sol desde el Oriente
Vió la heroica ciudad que se abrasaba,
Y otras tantas la vió desde Occidente
Que al tenaz enemigo despreciaba.
Ya otra vez derramaba
Su hermosa luz por la aterida tierra,
Y no sonaba aun grito de guerra.
Inmensa muchedumbre
Sale de la ciudad, y presurosa
Corre al campo enemigo abandonado
Y de despojos bélicos sembrado.
Allá de la Giralda en la alta cumbre
Tremola una bandera magestosa,
Y cien campanas zumban por el viento.
Un general contento
En los semblantes brilla;
Todos repiten «se salvó Sevilla.»

¿En dónde está ese hombre
Que invicto se decía?
¿En dónde está el perjuro
Que te quiso aherrojar, ó patria mia?
Hundióse su poder bajo tu muro,
Y allí dejó sus glorias y su nombre.
La tierra sacudida
Bajo su planta impura
A la mar lo lanzó, que enfurecida
Brama, y lo arroja á la Albion oscura.

Cantad, ó vates. Vuestra blanda lira
Desde el Bétis entone
Los dulces versos que la patria inspira,
Y la patria os escuche, y os corone.
Y tú, Sevilla, que con fuerte mano
Al coloso de España derrocaste,
Y tu reina salvaste
De su opresor tirano,
Gózate INVICTA en tu feliz victoria,
Pues la Europa te ha visto, y admirada
Tiene á tus bravos hijos consagrada
Una brillante página en la historia,
Y á tu Junta inmortal, y al gran Figueras,
Tu caudillo valiente.
Esa preciosa sangre que vertieras
Ha regado cual limpido torrente
El noble lauro que orlará tu frente.
Los pueblos se hundirán y las naciones,
Y en tanto que el valor aprecie el mundo
Con respeto profundo
Oirán tu nombre cien generaciones.

